

XILOCA 15
págs. 25-30
1995
ISSN: 0214-1175

NUEVA INTERPRETACIÓN DE LA TRADICIÓN DE LOS AMANTES

Santiago Sebastián

Resumen. - *Opinión inédita de D. Santiago sobre la tradición de los Amantes, temas del que no era especialista pero que como turolense le interesaba y tenía un concepto creado. Expone las cuestiones históricas, los aspectos literarios y el enfoque antropológico de la cultura en esa época, sobre esta tradición turolense transmitida oralmente.*

Abstract. - *Mr. Santiago's unpublished opinion about los amantes tradition although he didn't know the topic quite well, he was interested as 'turolense'. He shows historic questions, literary aspects and an antropological study about the culture of that time, and about 'turolense' tradition orally transmitted.*

No soy especialista en el tema de los Amantes, pero me interesa como todo lo turolense, sólo hoy intervengo y lo voy a hacer brevemente. Tengo mis ideas al respecto y se las voy a exponer, aprovechando de su benevolencia.

El tema de los Amantes a nivel histórico es un asunto complejo y espinoso, que la crítica ha embrollado sobremanera. Sí debe quedar bien claro que nada de lo que diga implica animosidad ni deseo de polémica, se trata sólo de enfocar el tema desde nuevas perspectivas ya que el camino de la investigación histórica difícilmente aportará más luz, lo que no implica que se deje de investigar.

Parece que la falta de una literatura medieval turolense fue suplida con tradicionales orales que se supone son el recuerdo de hechos ocurridos durante los primeros siglos de la vida medieval en Teruel. Entre las tradiciones que se suponen históricas está la de los Amantes, muertos de pena y amor el año de 1217, cuando era juez de Teruel Domingo Celada. Pero, ¿existió este idilio amoroso entre Diego Garcés de Marcilla e Isabel de Segura? Es sospechoso que transcurrieran más de 300 años desde que se dice que ocurrió el hecho singular hasta el año de 1555, cuando se

descubrieron las momias, sin que exista en esta larga noche la más mínima referencia documental. Y aun teniendo en cuenta el argumento del silencio, todo esto es muy sospechoso. Los esfuerzos y buena voluntad de mi viejo amigo don Alberto López Polo, que quiso ver una representación de los amantes en la sección séptima del artesonado catedralicio, nada menos que la escena del dormitorio, son inaceptables porque suponen un desconocimiento de las tradiciones iconográficas del arte medieval.

Sí está claro que existe la creencia arraigada en Teruel de que la tradición de los Amantes tiene un fondo histórico (pero mientras que la investigación no consiga dar firmeza a este hecho de la vida turolense, habrá que plantearse el problema en el campo de la creación literaria. Según mi hipótesis, el supuesto hecho parece ser un tópico de la tradición cultural europea —es decir— una muestra del amor cortés, en el que el amante toma el papel de humilde vasallo y la amada se transforma en soberana; el amor concebido así fue una creación de los trovadores del siglo XI que lo establecieron como género literario.

Desde mediados del siglo XVI hay en el ambiente cultural turolense un deseo de revivir el amor cortés de la Edad Media con personajes tal vez tomados de la historia. Es muy significativo que en el mismo año de 1555 se escribiera la *Historia lastimosa y sentida de los dos tiernos amantes Marcilla y Segura, naturales de Teruel, ahora nuevamente compilada y dada a luz por Pedro de Alventosa, vecino de dicha ciudad* cuando se descubrieron las supuestas momias. Cuestión clave para resolver este embrollado asunto sería el conocimiento de la obra de Alventosa, cuyo único ejemplar impreso fue catalogado por Pascual de Gayangos en la biblioteca de los duques de Marlborough, en el palacio de Blenheim (Inglaterra). Su cotejo con el protocolo de Juan Yagüe de Salas (1619) descubierto por Jaime Caruana daría mucha luz y quizá resolviera de una vez esta interminable discusión.

El tema fue muy querido por la sensibilidad de los siglos XVI y XVII y repetidamente los poetas del momento lo explotaron con más o menos ventura. El vate aragonés Antonio Serón en la tercera silva a Cintia (1566) incluyó “el fin infelicísimo de los amores de Marcilla Sánchez y de la hermosísima Segura”. También lo recogió un vecino de Jérica, Bartolomé de Villalba en *El peregrino curioso y grandezas de España* (1577). Otros autores que trataron del asunto fueron Micer Andrés Rey de Artieda (1581), Jerónimo de Huerta (1587), Pedro Lainez (158?), un anónimo de 1599 y finalmente Yagüe de Salas (1619), que nos dejó el asunto en su monumental epopeya trágica *Los Amantes de Teruel*. Recientes aportaciones documentales hacen dudar de la honorabilidad de Yagüe de Salas y es sospechoso que el mismo año que publicó en Valencia su monumental obra descubriera en el archivo municipal que estaba bajo su custodia “un papel escrito de letra antigua” con el relato de la *Historia de los amores de Juan Martínez de Marcilla y Isabel de Segura*. Por supuesto que de él no fue el invento de todo esto, ya que había una serie de escritos que se remontaban como mínimo a mediados del siglo anterior, de los cuales tomó las líneas esenciales de la trama. Pero insisto, la pieza clave sería la obra de Alventosa, la primera de que se tiene noticia y que sería preciso identificar para cotejarla con el protocolo de 1619.

Ya comprenderán Vds. que en mi hipótesis carece de sentido la pretendida relación que se ha querido buscar a esta tradición turolese con una de las narraciones de Bocaccio en *El Decamerón*. Ya don Miguel Artigas se maravillaba de que el germano Landall en su libro *Die Quellen des Dekameron* (1884) no encontrará los precedentes del cuento de Girolamo y Salvestra, escrito en el siglo XIV.

Mas vayamos al núcleo de la cuestión: lo que da singularidad a la tradición turolese de los Amantes es la "muerte de amor": un sentimiento que empieza a notarse en la sensibilidad y en la literatura europea desde el siglo XV, es un recurso procedente del amor cortés de unir la muerte con el amor. El poeta y crítico literario Pedro Salina ha tenido en cuenta este aspecto en su análisis de la obra de Jorge Manrique y ha definido el significado del motivo, es decir, que hay una preferencia hacia la muerte ante los desdenes de la amada, y se produce un estado de ánimo confundible o similar a la muerte, con una intencionada confusión y mezcla de los conceptos de vida y muerte, ser y no ser.

Pierre Gentil ha estudiado este motivo y lo encuentra en las líricas provenzal, gallega y francesa. El investigador Revenga en un reciente estudio de este motivo en la poesía castellana ve una preferencia de la "muerte a los desdenes de la amada, que producen un estado de ánimo confundible o similar a la muerte".

Basta revisar el *Cancionero castellano del siglo XV*, ordenado por Foulché-Delbosc, para encontrar una buena serie de poesías que reflejan esto, sirva como ejemplo este poema:

"No tardes, Muerte, que muero,
ven porque viva contigo;
quíereme, pues que te quiero,
que con tu venida espero
no tener guerra conmigo".

Al revisar la poesía amorosa del siglo XV está presente el sentimiento del amor trágico, como veremos en tantos infiernos de amadores a la manera de Dante como cantaron los poetas Santillana, Juan de Mena y Garci Sánchez de Badajoz. Pocos amores tan trágicos como los de Macías, el supuesto doncel de don Enrique de Villena, cuya singular historia nos da idea del gusto de la época por los amores fatales. Ejemplo incomparable de estas historias amorosas sería la de Tristán e Iseo, que Menéndez Pidal recogió en *Flor nueva de romances viejos* y cuyo término recuerda el final de la tradición turolese en los funerales:

"Llegó allí la reina Iseo,
la linda enamorada,
cubierta de paños negros,
sin del rey dársele nada;
.....
Júntase boca con boca,
llora el uno, llora el otro,

la tierra toda se baña;
allí donde los entierran
nace una azucena blanca”.

Esta sensibilidad amorosa que surgió a fines de la Edad Media pasó al siglo XVI, cuando probablemente fue forjada la tradición de los Amantes, apareciendo escrita a mediados de este siglo. El tema no fue único de la ciudad de Teruel, sino que como tendencia cultural de la época existió en muchas partes viniendo a alcanzar su punto culminante en la novela cortesana del siglo XVII. González de Amezúa al estudiar este tipo de novela nos dice: “¿Creeréis conmigo si os digo que son repetidísimos los casos de estas novelas cortesanas en que el galán, varonil, brioso, temerario, ante la contrariedad amorosa, por el desdén femenino pierde los pulsos y cae en un desmayo, como la más blanda y afectiva de las doncellas? ¿Os réis, acaso? ¡Desmayarse un mancebo fornido, barbudo, atezado, que calza espuelas, viste colete de cordobán y ciñe pesada espada de gavilanes!... ¿De dónde procede –preguntaréis– esta frágil sensibilidad amorosa, que del desmayo conduce a menudo también a la pasión de ánimo, a la incurable melancolía, a la letal dolencia y de allí a la muerte misma? ¿Por qué el más templado y robusto gentil hombre, ante el desdén de la amada, rinde los bríos de su bizarra mocedad a los rigores impíos del amor?”.

En resumen, ya Vds. ven que las cuestiones históricas de poco sirven ante el interés extraordinario que revela el estudio de la mentalidad y sensibilidad de la sociedad turolense de los siglos XVI y XVII, que tan bien sintonizaba con los ideales estéticos y literarios de la sociedad europea. A los que nos preocupan las categorías universales y el enfoque antropológico de la cultura poco nos interesa la investigación de un hecho histórico difícil de comprobar sino ver que la sociedad turolense del Renacimiento supo plasmar un motivo de la tradición literaria de Occidente con tal acierto que le dio carácter de único y tan real que se confunde con la propia realidad.